

del Partido Comunista y su realismo fantástico, paródico. Hay una progresión en el oficio de escribir. La estética, la única ética del escritor, se va imponiendo al compromiso juvenil. No es casual que Calvino, partisano en las Brigadas Garibaldi, se separase del Partido Comunista en 1956, a raíz de la invasión de Hungría. Entre esta invasión y la de Checoslovaquia, muchos intelectuales y escritores de izquierda han entendido que el compromiso del escritor es más que político. Entre el esteticismo vacío y el panfleto huero, está la verdadera realidad, real o mágica, que el escritor, sin lastres interiores o desviacionismos externos, intenta aprehender.

Calvino se inició literariamente en la amistad de Cesare Pavese, escritor fascinante, muy traducido en España en los últimos años, pasada ya la fiebre de Moravia. Calvino le dedica el artículo: «Pavese: ser y hacer», lema y resumen, definición y panegírico esenciado y nos sorprende con esta afirmación: «Pavese no era un poeta ni por naturaleza ni por condición» (pág. 81). (¿Qué era? ¿Un sufridor? ¿Un sentidor?) Sigue Calvino: «La forma en que se le presentaba al joven la empresa de lograr con éxito una obra de poesía resulta ahora de un heroísmo sobrehumano» (pág. 84). Pavese hizo del «ser trágicamente» un hacer lúcido. (El hacer del escritor es escribir). Como Kafka, de sus cenizas interiores, ruinas, conflictos, obsesiones, elevó un universo nuevo. Es la ventaja del creador, el don de construir con sueños.

En «Diálogo de dos escritores en crisis» afirma Calvino que no demuestra disposición para ver el lado trágico de la vida. No tiene el sentido unamuniano de la existencia. El humor le salva de la tristeza elegíaca o la desesperación cósmica; del pozo interior y del laberinto. Ha remontado la realidad pero no se deja caer en el vacío de la pena o se echa a volar sobre la fantasía. Es demasiado heroico ser Pavese o Kafka; demasiado forzado ser Unamuno. Calvino es discípulo de Ariosto; también de Cervantes. Su ironía es agridulce, desenfadada; aunque escribe: «Mi vocación es más bien la de la distorsión grotesca o si acaso cómica de la realidad» (pág. 89), planteamientos estéticos, que en la teoría, se acercan a los de Valle-Inclán¹⁰, aunque en la práctica se separen por ser un humor burlón, divertido, el de Calvino, y una sátira cruel, deformada en Valle-Inclán. Los personajes de aquel son caballeros armados y vacíos, un barón rarillo que ve el mundo desde la perspectiva de las ramas, campante, que trepa árboles y no escalafones burocráticos o prebendas políticas. O el Vizconde desmediado. En Valle-Inclán también están presentes los príncipes y marquesas (recuérdese su sonata italiana); pero en el Valle esperpéntico, los personajes son muñecos deformes, estrafalarios, degenerados, antihéroes. Calvino se sonríe de la heroicidad; siempre fue un deseo humano comprensible, pero desmedido, con su cara de gloria y su cruz de ridiculez. (¡Qué bien lo supo explicar Cervantes en el Quijote!)

Uno de los mejores trabajos de este libro es, sin duda, «El desafío al laberinto», de título tan significativo. Es un ensayo intelectual filosófico, del escritor atento a la realidad cotidiana y su transformación. «Desde la revolución industrial, la filosofía, la literatura y el arte han sufrido un trauma del que todavía no se han recuperado» (página 111). Trata de explicar la relación entre el escritor y la civilización occidental, su aceptación o rechazo, de las profecías negativas como las de Huxley a las positivas

¹⁰ G. DÍAZ-PLAJA: *Las estéticas de Valle-Inclán*, Madrid, 1965.

como las de Mayakovski. Para Calvino la actitud científica y la poética tienen cosas en común. Entre los extremos cientifismo, prosaísmo, antihumanismo y «esteticismo», «escapismo», «exotismo» o «decadentismo», hay un lugar de encuentro y entendimiento, difícil de hallar y no perder: «En resumen ser a la vez progresista y poeta resulta cada vez más difícil» (pág. 116). El escritor medita sobre las ideologías que sostienen al mundo industrial, la filosofía anglosajona de la ciencia, la comunicación y el materialismo histórico, ideologías que apuntan a lo público con olvido de lo «privado». Ante esta situación surgen las escrituras laberínticas de Robbe-Grillet, Butor, Borges. Y de Queneau, Gadda, Nabokov, Günter Grass y Musil, la literatura como laberinto gnoseológico y cultural. Calvino es moderno cuando escribe: «La tentación de la novela global, panensayística, será sin duda cada vez más fuerte» (pág. 127).

Punto y aparte es un libro heterogéneo: junto a los temas estéticos, sobre todo en torno a la novela, se pueden encontrar preocupaciones por la clase obrera, reflexiones sobre la lengua italiana o la antilengua, la lengua bárbara de abogados, funcionarios, redacciones de periódicos, telediarios, consejos de administración; lengua artificial, de argot internacional, que acabará con las lenguas verdaderas. Vittorini es un escritor que le interesa y a quien dedica dos artículos; lo atraen su estética, su proyecto y perspectiva; y su ideario antiautoritario.

En un escritor intelectual ¹¹, no podía faltar un tema como «Filosofía y literatura, sus complementaridades en una escritura total». Para Calvino «La relación entre filosofía y literatura constituye una lucha». Pero es en esta lucha de amigas/enemigas, condenadas a entenderse, donde reside su tensión creadora, la originalidad. Ahí están los ejemplos de Dostoyewski y Kafka, de Camus, Sartre o Beckett. Mientras la literatura «real» se desmorona, desmontados sus mecanismos de «actualidad», la literatura simbólica, permanece en el tiempo. La modernidad de autores como Carroll, Queneau y Borges, reside en la intemporalidad de su metafísica literaria, en la esencialidad de una literatura simbólica, enriquecedora, de múltiples sentidos, donde el misterio, la inmortalidad, parece al alcance de la mano, aprehendida por la razón y sinrazón, palabra y parábola.

«Cibernética y fantasmas» es un interesante relato-ensayo, una fábula moral que juega con la narrativa como proceso combinatorio: «El narrador empezó a proferir palabras no porque los otros le respondiesen otras palabras previsibles, sino para experimentar hasta qué punto las palabras podían combinarse una con otra y generarse la una de la otra.» Suena a lingüística/ficción. Calvino estudia las aportaciones de la gramática estructural y la cibernética a la concepción del mundo y los importantes cambios a que ello ha conducido. Y se pregunta (pág. 222) «¿Cuál sería el estilo de un autómata literario?» Y se contesta: «Creo que su verdadera vocación sería el clasicismo.» (Respuesta irónica.)

No faltan en este cajón de sastre que es *Punto y aparte*, cartas y entrevistas,

¹¹ Obsérvense los escritos sobre literatura de SARTRE: *Situations*, II, Gallimard, París, 1948, traducción española: *¿Qué es la literatura?*, 3.ª ed. Losada, Buenos Aires, 1962, y MICHEL BUTOR: *Sobre literatura*, I, Seix-Barral, 2.ª ed., Barcelona, 1967.

encuestas, conferencias, textos que informan sobre la personalidad de Italo Calvino, sus juicios, experiencias, filias, fobias; interesantes, pero que sin embargo, no pueden llegar a la calidad de página de los artículos anteriormente analizados.

En «El mundo al revés» se pregunta sobre el carnaval; sobre su pérdida significativa, y el atractivo que tiene para el crítico literario. A Calvino le interesa por su concomitancia con el trasfondo de algunas de sus novelas: «El rito del Carnaval consistía ante todo en la coronación de un rey de guasa y en su posterior destronamiento» (pág. 267). El carnaval era un modelo paródico de sociedad; una burla permitida, un desquite breve del humor sobre la aburrida cotidianidad. Lo erótico también tiene cabida, pero desde la perspectiva de la risa: «En literatura, la sexualidad es un lenguaje en que (habría que haber traducido en la cual para evitar la cacofonía posterior) lo que no se dice es más importante que lo que se dice» (página 271). También afirma que en realidad toda literatura es erótica como también lo es el sueño. Revisa a los grandes autores del sexo: D. H. Lawrence y Henry Miller.

Su ensayo sobre Fourier lo divide en tres partes: «La sociedad amorosa.» «El ordenador de los deseos» y «La teoría pulviscular». Un autor visionario como Fourier, no podía por menos de interesar a un escritor «fantástico» como Calvino. Además sus utopías de las falanges y los falansterios, no podía por menos que mover a su pluma irónica. Fourier perteneció al tipo de soñadores sublimes, desmedidos, como son también los caballeros y gentes nobles sobre los que novela Calvino. (Se interesa por Huxley, Kafka; sin embargo, no escribe sobre Orwell y 1984). Compara a Fourier con Saint-Simon: «Comparado con Saint-Simon, Fourier es la inactualidad absoluta: tan lúcido como fue en su crítica del presente, no había entendido nada de lo que se estaba haciendo» (pág. 295). Calvino repasa la influencia de Fourier en numerosos escritores.

También podemos encontrar en este volumen crítica literaria sobre *Los novios* de Manzoni; o una contestación a una polémica sobre la novela de éxito, publicada en *L'Espresso* o su intervención en una encuesta. (Véase el artículo: «Los dioses de la ciudad», pág. 362).

Un ensayo sugerente, texto de una conferencia, situado ya al final del libro puede ser: «Unos políticos correctos y equivocados de la literatura», nueva reflexión sobre las mutuas implicaciones del intelectual, comprometido y el escritor, creador. «Soy consciente de que el nudo de las relaciones entre política y literatura, contra el cual tropezábamos en nuestra juventud, aún no está deshecho» (pág. 368). La obra ensayística de Calvino parece, a veces, motivada por explicar su trayectoria narrativa, del neorrealismo de sus inicios al realismo fantástico o a la parodia de la historia (de la vida). Es como si quisiera decirnos que su estética es también su ética; que no ha olvidado el compromiso juvenil. De ahí su insistencia, todavía, en lo social, en lo político. (Véase también su artículo, muy al final, «Notas sobre el lenguaje político», página 392).

Cierra el volumen el ensayo, de título tan significativo: «Los niveles de la realidad en la literatura», de una realidad total, no solamente «real», donde estén presentes también lo fantástico y lo simbólico, la dimensión metafísica e imaginativa. Para Calvino la literatura no conoce la realidad, sino sólo niveles; la realidad de los niveles, conocimiento al que se puede llegar mejor que por otros procedimientos. El